

Yo lo había planeado todo, Omar. El color de tu galabía, tu sonrisa, el corte de tus cabellos. Y me compré un kaftán, a juego con tus ojos. Por eso, cuando nos perdimos en los pasadizos de la tumba de Keops (diez libras bastaron para sobornar al guardián), tú te viste reflejado en mí, en mis labios entreabiertos, en mi mirada. Sabía imitar todos y cada uno de tus gestos mucho antes de que movieras un solo músculo. Entendía también tu árabe, tan claro, tan conciso, tan desprovisto de florituras innecesarias. Y tú, con esa sonrisa que yo había impuesto a tu rostro, acogías mis respuestas con el comentario preciso y esperado. Eras mío, y te lo demostré durante tres noches en la galería del tesoro, rodeados de máscaras, brazaletes, papiros, casi asfixiados por el aire enrarecido de la tumba. Jadeabas, ya Omar, en unas contracciones que a ratos se me antojaron extrañas e irreales. Y me amabas y cubrías mi cuerpo de besos antiguos y reías. Reíamos como locos, Oh Hub, ofreciendo a Keops los mejores instantes de aquel amor sacrilego, descendiendo desnudos por el ojo de la esfinge, sepultando nuestros cuerpos rendidos en el mar de arena. Recuerdo, ya Omar, que tu pelo ensortijado brillaba con los primeros rayos del sol cuando, vestidos con ropajes de beduinos (otras diez libras fueron suficientes), decidimos internarnos en el desierto. Yo cubrí mis cabellos con un turbante y fingí ser hombre ante las dunas. Pero no necesité atravesar el río o demostrar languidez alguna para que te dieras cuenta del engaño. Seguimos riendo, ebrios de sol, amor y arena, y extraviados por fin, tal como habíamos previsto, nos entregamos a un dulce sueño.

Nos despertamos, recuerda, días después rodeados de monjes. San Macarios, ya Omar, una ciudad dentro del desierto, con sus calles, sus viviendas, sus murallas. Los frailes prepararon pócimas reparadoras y dispusieron dos celdas de peregrinos. Una junto a otra, camas estrechas, libros de escritura copta. Aprendimos a entonar cantos de ritos desconocidos, a labrar el campo, a conocer las propiedades de las hierbas. Nos entregaron dos hábitos y yo oculté mis cabellos bajo un bonete. No te fue difícil excusar mi actitud. Es extranjero, dijiste, no está acostumbrado a este sol poderoso. Y seguiste riendo, con esa sonrisa que yo deseaba, besándome a hurtadillas en los pasillos del convento, acariciándome las rodillas bajo la mesa del refectorio, bebiendo de mí, siempre, cada noche, minutos antes de que yo vendase mi pecho con un lienzo y tú regresases silencioso a la soledad de tu celda.

Te crecieron largas barbas, ya habibi, barbas que acentuaban la blancura de mi piel lampiña y delataban algunas de tus miradas y mi júbilo. No pudimos permanecer mucho más tiempo. Los rostros de los novicios se teñían ahora de púrpura en mi presencia. Me prohibieron faenar en el campo, en la huerta, en los jardines. Y tuvimos que huir, ya Omar, enfundados de nuevo en nuestras ropas de beduino, montando un alazán negro como tu cabello, bebiendo agua del Nilo, alimentándonos de prodigiosas hierbas y raíces. Tu volviste a ser Omar, el de la sonrisa, y yo, para el resto del mundo, me convertí en Ibrahím. Pero por la noche en la intimidad de la jaima, volvía a ser Kalima. Te gustaba llamarme así y tenías razón. Porque yo, Kalima, te había dado la palabra.

Recorrimos leguas y leguas de desierto. Alcanzamos oasis remotos y descubrimos templo olvidados. Al llegar a una ciudad yo desceñía mi turbante y tú, trenzado mis largos cabellos, repetías mi nombre - Kalima, Kalima, Kalima- hasta quedar exhausto. Y luego, como siempre, sonreías. Pero un día, oh habibi, un día que nunca podrá olvidar, tu sonrisa no se ajustó a lo pactado... No pude entonces explicarme la razón. Tus labios, Omar, se abrieron en exceso aquel día. O quizás no lo suficiente, amor. Sólo sé que éste fue el principio de nuestras desventuras. Empezaste a hablar y a hablar, a jugar con palabras que no siempre lograba entender, sonreías a menudo -demasiado o tal vez, muy poco- y tus intervenciones me parecieron de pronto parcas o interminables. ¿Qué es lo que estaba ocurriendo, ya habibi? Quise desandar camino pero tú te negaste a montar el mismo caballo y a llamarme de nuevo Ibrahím. Y reías. Reías cuando debías llorar y llorabas cuando esperaba de ti una sonrisa. Me sentía aturdida, amor. Por esa razón no hice demasiadas preguntas cuando me encontré encerrada en la tumba de Amenofis III, la más pestilente, la más insalvable de todo el valle de los Reyes, ni quise saber, ya liberada, quien había sobornado esta vez al guardián o por qué las llaves de la gruesa reja aparecían ahora entre tus dedos. Tampoco me mostré interesada por averiguar el motivo de tus extrañas citas. Me hiciste escalar el más inaccesible acantilado, aguardarte en una barca junto a una imponente catarata, navegar en una chalupa sin mástiles no velas. Querías librarte de mí, ya Omar, de la mujer a la que tanto debías.

Oculté temor y desengaño, y una noche, dejando a un lado el dolor de mi corazón, ordené que te desvanecieras. Pero tú, por toda respuesta, te acomodaste mejor sobre tu tapiz y me sonreíste. Otra vez. Con esa sonrisa en la que no me reconocía. Una sonrisa tuya, ya Omar. Y luego, desafiando mi ira, te pusiste a dormir de forma ya habitualmente imprevista.

No me quedaba, pues, otro camino. Fingí amarte y admirarte por lo que eras ahora. Reí tus nuevas ocurrencias e intenté emular tus nuevos gestos. Reprimí en mi interior la repugnancia que me producía súbitamente tu cuerpo. Simulé, simulé tan bien que tus ojos no pudieron ocultar un destello

de vanidad en ti desconocida. Habías caído en mi trampa, ya habibi, y el resto iba a ser tan fácil como desgranar esa mazorca con la que ahora entretenías tu hambre. Te convencí con engaños para que me llevaras a la ciudad de El Cairo (el lugar donde naciste ¿recuerdas aún?), te hablé de sus calles populosas, de sus zocos, de sus avenidas. Te prometí esencia de almizcle, perfume de jazmín, babuchas bordadas en oro. Y sucumbiste, amor. Paseamos por Jal-el-Jalili cogidos del brazo, como los enamorados que habíamos sido. Tú apenas me miraste, oh Hub, pendiente como estabas de tu imagen reflejada en los espejos del Fichawuy, sonriendo a un joven de cabellos de oro, aceptando las caricias de una echadora de cartas. Y yo, sintiéndome ignorada, rememoré para mis adentros algunas historias que con voz detestable te habías empeñado en repetirme en las últimas semanas. Junto a la catarata, en el acantilado, en la barca a la deriva. ¿No me habías contado -tú mismo, amor- cuán fácil resulta morir en Egipto?, ¿de cómo a los cadáveres se les entierra de inmediato?, ¿del terror de todo musulmán a la putrefacción y a la materia descompuesta?

Habíamos llegado a la Avenida Ramsés, a sus jauría de automóviles, a sus pasos alzados. Hice acopio de toda mi fuerza, superé el dolor y te proyecté sobre el asfalto. Tú, pobre vanidoso, no dejabas de sonreír. ¡No podrás conmigo!, gritaste, ya no te pertenezco! Pero tu suerte, amigo, estaba echada. Se llamaba Omar, dije con voz firme a quien quiso escucharme. Y tú, al oír tu nombre, no tuviste más remedio que cerrar para siempre tus ojos.

Entonces regresé a San Macarios y ofrecí una limosna en tu memoria.

Cristina Fernández, 1945, escritora española. Además de otras publicaciones, el relato "Omar, amor" forma parte de una colección que actualmente está en preparación.

